



REVISTA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL
«MARTA ABREU» DE LAS VILLAS
SANTA CLARA, CUBA

No. de inscripción 81403/173
Código ISSN 0047-1542

año 46, número 140;
abril-junio, 2004

EDITOR:

Misael Moya Méndez

EDICIÓN Y DISEÑO:

M. Moya Méndez

REDACCIÓN: *Miriam Artilés*

MECACOPIA: *Estrella Pardo*

GERENCIA: *Dagoberto Figueras y*
Calixto Gómez Parets

ASESORÍA JURÍDICA: *Josefina*
China Guevara

MOTIVO DE CUBIERTA E
ILUSTRACIONES INTERIORES:

Muestras de abreviaturas
paleográficas, cortesía de Odalys
Font Aranda

CONSEJO
DE REDACCIÓN

Presidente:

Dr. Israel Ordenel Heredia Rojas

Secretario:

Lic. Luis M. Rodríguez Hernández

Miembros:

Dra. Aimée González Bolaños

Dra. Carmen Guerra Díaz

Dra. Gema Mestre Varela

Dr. Pablo Guadarrama González

Dr. Juan Virgilio López Palacio

Dr. Rafael Plá León

Dr. Luis Alfaro Echevarría

Lic. Misael Moya Méndez

Dr. Miguel Rojas Gómez

Dr. Edgar Romero Fernández

Dr. Manuel Martínez Casanova

Dr. Joaquín Alonso Freyre

Dr. Arnaldo Toledo Chuchundegui

Mcs. Gema Valdés Acosta

Lic. Elena Yedra Blanco

Dra. Raquel Rolando Souza

Dr. Carlos Alexandre Baumgarten

© **Para todos los artículos:**
Editorial Feijóo, 2004

Dirija su solicitud de suscripción anual (4 números)
a EDICIONES CUBANAS, Obispo N° 527 (altos), Ciudad de
La Habana, Cuba. Teléfonos: 63-2980 y 63-1942.
Fax: 537-338943. E.mail: edicuba@cubarte.cult.cu

islas@uclv.edu.cu

DIRECCIÓN: Departamento de Letras, Universidad Central de Las Vi-
llas, Santa Clara, Cuba, CP 54830. Teléfonos: 28-1585 y 28-1068.

Impresa en Cuba. Printed in Cuba

año 46, número 140; abril-junio, 2004

ÍNDICE

- 3 **Sobre retratos y héroes martianos**
Matilde Varela Aristigueta
-
- 26 **José Martí y la ciencia en la política**
Alberto Velázquez López / Ada Bertha Frómata Fernández
-
- 35 **Simbolismo cromático en *Versos libres* de José Martí**
Teresa Montadas García / Denis Puertas Urquiza
-
- 43 **En torno a las referencias coloniales para una edición anotada de *El Presidio Político en Cuba***
Aremis Hurtado Tandrón
-
- 49 **Del hombre y su tiempo. (Problemas para la anotación de los textos martianos desde la experiencia de una edición crítica)**
Pedro Pablo Rodríguez
-
- 63 **Edición crítica: la extensión de los discursos**
Mayra Beatriz Martínez
-
- 81 **Editar a Martí: transcribir, cotejar, restaurar, investigar... recorrer las huellas de una escritura**
Ana María Álvarez Sintés
-
- 111 **Editor, seleccionador, manipulador. (Levedades sobre un vasto quehacer)**
Luis Toledo Sande
-
- 127 **Algunos apuntes en torno a las malditas *herratas***
Teté Blanco
-
- 131 **Utilidad de una investigación en Cuba acerca de las erratas editoriales**
Misael Moya Méndez
-
- 141 **Notas para una historia de la Editorial Capiro**
Oslaida Monteagudo Llanes
-
- 151 **De los autores**

Matilde Varela
Aristigueta

*Sobre retratos y héroes
martianos*

Resulta imposible comprender la hondura de las caracterizaciones realizadas por José Martí, si no se atienden las influencias recibidas de lo más raigal de la literatura clásica griega y romana, sobre todo cuando se conoce por sus propias referencias la afición a esas lecturas y cuando en el propio *corpus* de su producción recopilada hasta el presente, se advierten implícitamente alusiones a autores, a obras y a la majestad de la época que los engendró. Sirva recordar que en su ejercicio de graduación de la carrera de Filosofía y Letras en Zaragoza, elige entre las preguntas sacadas al azar, la relacionada con la oratoria política y forense de los romanos y la figura de Cicerón como exponente de esa oratoria,¹ este es un dato revelador puesto que nadie se arriesga a defender un tema, pudiendo haber elegido otros, si no está suficientemente seguro de su dominio y manejo.

Vale también señalar que según el índice onomástico de sus *Obras completas* en la edición de Ciencias Sociales, 1975, Cayo Tranquilo Suetonio, el autor de *Vida de los doce Césares* aparece en cuatro ocasiones de forma expresa, en tanto Plutarco de Queronea, el autor de las muy famosas *Vidas paralelas* se menciona en siete; de ellas, dos aluden a su presentación en La Liga y una, aparecida en *La Edad de Oro*, bien vale por lo que informa que aquí se le presente: «El que tenga penas, lea las *Vidas*

¹ Jorge Mañach: *Martí, el Apóstol*, p. 58, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.

paralelas de Plutarco, que dan deseos de ser como aquellos hombres de antes, y mejor, porque ahora la tierra ha vivido más, y se puede ser hombre de más amor y delicadeza. Antes todo se hacía con los puños; ahora la fuerza está en el saber, más que en los puñetazos, aunque es bueno aprender a defenderse, porque siempre hay gente bestial en el mundo, y porque la fuerza da salud, y porque se ha de estar pronto a pelear, para cuando un pueblo ladrón quiera venir a robarnos nuestro pueblo».²

El pasaje anterior estremece por la condensación de ideas que porta, nótese desde el mismo inicio la búsqueda de la felicidad a partir de asumir la tradición que sustenta la imitación de los grandes hombres, supremos no sólo por lo literalmente heroico, sino supremos y trascendentes, sobre todo, por la utilidad social que desempeñaron y el decoro que los adornó. Aquí están en un solo texto de magistral síntesis, expresadas las ideas martianas sobre el héroe, pero se perfila con total nitidez lo eminentemente clásico; son tenidas en cuenta por el Apóstol, otras características que en la propia historia de la biografía aparecen advertidas para períodos posteriores a Martí,³ lo que hace que se esté ante una nueva concepción del individuo que por razones diversas merece que se le realice una semblanza.

No cabe duda alguna de la certeza de Enrique José Varona cuando sostuvo que: «El hombre es el eterno espectáculo del hombre»⁴ y de la demanda de honradez realizada por Medardo Vitier cuando apunta que la biografía es género de nobleza, por la seriedad moral frente nada menos que a una organización síquica»;⁵ ambos autores dan en el blanco para llamar la atención hacia un hecho que ha acompañado al hombre a través de toda su historia, que lo ha convertido en objeto y sujeto del conocimiento y del arte.

Al realizar la búsqueda de información sobre las caracterizaciones, existe generalidad en considerar a Suetonio y a Plutarco

² José Martí: *Obras completas*, t. 18, p. 349, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975. (De ahora en adelante se indicarán solamente tomos y páginas separados por dos puntos.)

³ Cfr. André Maurois: «Aspectos de la biografía», en *Obras completas*, pp. 1198-1204, Plaza & Janés S.A. Editores, Barcelona, 1962.

⁴ Medardo Vitier: *Martí estudio integral*, p. 11, Publicaciones de la Comisión Nacional Organizadora de Actos y Ediciones del Centenario y del Monumento de José Martí, La Habana.

⁵ *Ibidem*, p. 13.

como exponentes principales en la Antigüedad, de la biografía, la que contiene entre la historia y el arte. El argentino José Luis Romero, en su estudio preliminar a la *Vida de los doce Césares*, alude a que Suetonio rechaza la biografía que propenda a la creación de un arquetipo que aleja al hombre retratado del realismo esencial que lo acompaña. «Y así surge una biografía más próxima al microcosmos del individuo, quizás menos brillante, pero sin dudas más humana; y el tránsito de una concepción a otra está reflejado para nosotros en Suetonio, el primero —al menos de lo que no es dado conocer— en quien se advierte con clara conciencia el afán de llevarlo a cabo».⁶

En la producción martiana, sus *Cuadernos de apuntes* constituyen páginas de obligatoria consulta para penetrar en sus angustias, sus reflexiones más íntimas, los temas para no olvidar, o en aquellos contenidos que la obra mayor de la patria impidió que el Maestro desarrollara a plenitud; generalmente en unas breves palabras se descubre la agudeza del pensamiento del héroe de Dos Ríos y el nivel de información y la vastedad de la cultura que le asistía. Precisamente tres de las cuatro alusiones expresas a Suetonio se encuentran en sus *Cuadernos de apuntes*, dos de ellas en el que corresponde a 1881, el número 7, una de las cuales constituye una aguda nota en que reflexiona: «La prosa que llega más aprisa, es la prosa poética. —Se lee de los prosistas, no lo propio, para expresar lo cual la belleza de la prosa es escasa e impotente, —sino aquello en que reflejan los grandes trances de la historia de los hombres o de la naturaleza. A Plinio, a Cicerón, a Suetonio, a Marcial, a Juvenal, a Persio».⁷

Como se observa, no es una simple relación de nombres enlazados caprichosamente, tras ella y a partir del inicio del apunte se descubre el conocimiento del asunto que se maneja y se llega hasta a inferir el disfrute que debió provocar en Martí la lectura de estos autores romanos. Nótese cómo articulan los criterios del Apóstol y la consideración de Romero, hecho nada despreciable, cuando se comprende que en la estructuración de los retratos martianos, según se comentará más adelante, el acercamiento al hombre transita por diferentes estratos, no solo en

⁶ José Luis Romero: «Estudio preliminar», en *Vida de los doce Césares*, t. 5, p. xxvi, V. M. Jackson Editores, Buenos Aires, 1948.

⁷ 21: 211.⁶ José Luis Romero: «Estudio preliminar», en *Vida de los doce Césares*, t. 5, p. xxvi, V. M. Jackson Editores, Buenos Aires, 1948.

cuanto al conocimiento, sino también y, sobre todo en relación con el vínculo afectivo que traslucen tanto las semblanzas de los padres fundadores como las más breves referencias a emigrados, hoy prácticamente desconocidos, que desde el decoro de su humildad sirvieron a la patria y por ello fueron sagrados, aunque la historia, con su ingratitud hacia los héroes anónimos no les dedique sus mejores páginas. Así corren ante nosotros las imágenes de Ramón del Valle: «Aquel letrado, aquel negociante, aquel secretario, vio que el oficio del torcer tabacos mantenía en el destierro honrado al hombre⁸ o la de Juan Fraga, quien en prueba de desinterés «ha puesto en las de la patria su primer [sic] libreta de banco, el que ha quitado a todos, con la prueba de su ejemplo, el derecho de decir que no hay modo de llevar de afuera ayuda al país»,⁹ todo lo que corrobora que mediante la estructuración del texto y la armonía de la prosa, el acercamiento al hombre se estrecha, y se magnifica la heroicidad por la función de servicio que se desempeña.

La otra alusión a Suetonio es un listado de obras y autores entre los cuales se le encuentra, en tanto que en el *Cuaderno de apuntes número 18*, refiere una anécdota de César según la ha contado Suetonio, lo que demuestra que hubo lectura, y memoria acumulada, pues este cuaderno corresponde a 1894, en tanto ha habido una alusión intermedia entre una y otra fechas en el artículo aparecido en *La América*, Nueva York, en enero de 1884, en el que expresa sus criterios sobre el estudio de las lenguas clásicas y la conveniencia de acomodarlas a los pueblos nuevos, así dice: «[...] la educación antigua, de poemas griegos y libros latinos, e historias de Livio y Suetonio — libra ahora sus últimos combates contra la educación que asoma y se impone, hija legítima de la impaciencia de los hombres. Libres ya para aprender y obrar, que necesitan saber cómo está hecha, y se mueve y transforma, la tierra que han de mejorar y de la que han de extraer con sus propias manos los medios del bien universal y del mantenimiento propio».¹⁰

Como en una reflexión íntima, en el propio artículo concluye diciendo que: «Unos mantienen que el Griego y el Latín son de cabo a rabo inútiles. Ni el Griego ni el Latín han saboreado [...],

⁸ 4: 381.

⁹ 4: 373.

¹⁰ 8: 429.

pero este es saber de gala y regocijo de la mente dada a letras, y nacida para ellas.¹¹ El artículo continúa con la necesidad de adecuar al hombre a su tiempo, como misión impostergable de la educación, pero sin desentir de manera absoluta de las mejores tradiciones académicas e históricas de la humanidad, lo que sin duda alguna formó parte de su concepción creadora, es decir, lo nuevo despojado de obsolescencias pero sustentado sobre los pilares de lo viejo, parece contradicción pero, en verdad, es dialéctica.

Conviene en este momento traer algunos de los criterios que José Rojas Bez ha expresado al advertir vínculos entre la estética clásica y la obra martiana porque la alusión al respeto a lo antiguo y la originalidad en la nueva creación, según este crítico se manifiestan como constantes: «Cabe ahora puntualizar que en el pensamiento martiano se manifestará no solo como una constante el repudio a la imitación, sino de un modo más complejo, tensiones entre el aprecio a lo valioso universal y admiración por la originalidad. Tensiones que representan la posibilidad de lo fructífero cuando se logra la fertilización de lo propio con lo universal, o la posibilidad negativa de degenerar, por un lado, a la imitación baladí o, por el otro, al originalismo insustancial».¹²

Obviamente, lo que he venido señalando se inserta en la cosmovisión martiana, en los diferentes órdenes en los que se desempeñó, de modo que precisamente todo ello se articula con su propia concepción de desarrollo, en defensa de la tradición lo marca como un renovador, precisamente por su rechazo a la mimesis, su aliento de contemporaneidad y su visión de futuro, tres componentes que se integran en su concepción creadora y que se manifiestan como esencia de un modelo de una América Latina transculturada.

Junto con Suetonio, es Plutarco hasta hoy, uno de los más interesantes autores romanos de biografías, está colocado entre los historiadores ilustres de la humanidad aunque en verdad, «no aspiraba Plutarco al nombre de historiador tanto como al de maestro que enseña el bien y acuña sentencias educadoras, sus *Vidas* se convierten continuamente en ejemplos y tienden a

¹¹ *Ibíd.*

¹² José Rojas Bez: «Martí: vigencia y trascendencia de la estética clásica», *Santiago*, (46): 57; Universidad de Oriente, Santiago de Cuba.

la corrección de las costumbres, al aprovechamiento de la experiencia». ¹³ Por ello considero junto con Hernán Díaz Arrieta que: «Su terreno está en el arsenal noticioso de las *Vidas*, en la inmensa información, certera, segura, basada en hechos bien observados. Ahí Plutarco, dentro de su época, no tiene igual. Todavía sirve». ¹⁴

En los primeros párrafos, aludí a dos menciones a Plutarco que aparecen en la obra martiana relacionadas con La Liga, esa casa de amistad y cultura que en las noches de Nueva York dio amparo y aliento a emigrados cubanos ¹⁵ y de la que Martí fue maestro. Esto es importante, porque lo que se aprende para enseñar se aprende mejor, o dicho de otro modo, lo que se aprende para ser explicado, implica doble aprendizaje. ¿Qué nivel de unción había en Martí que hizo que los obreros cubanos le pidieran que les hablara de Plutarco? ¿Qué información procedente sobre el autor de las *Vidas* y por qué vías la obtuvieron, para que estos hombres hicieran esa demanda? Valga conocer que en el turno de clases de Martí era común que se procediera a partir de las preguntas que le realizaban los alumnos y que ya él encontraba sobre su mesa cuando llegaba al aula. Al respecto, resulta interesante que se presente aquí someramente el testimonio de uno de esos hombres que tuvieron el privilegio de ser sus alumnos en La Liga, así recuerda: «Delante de nosotros pasaron todos los grandes hombres de nuestra América con su trabajo creador: Washington, Bolívar, San Martín, Hidalgo, O'Higgins, Sucre, Morazán, Toussaint. Y de nuestra Cuba y de nuestro Puerto Rico, ¿qué servidor de la patria dejó de ser evocado? Parece que aún le veo, inquieto en su silla, como dominando los diques de la elocuencia que querían desbordarse; parece como que lo oigo en la relación sencilla, con palabras sencillas, sobre cada uno de los papeles sencillos, escritos por sus discípulos humildes». ¹⁶

El pasaje anterior ejemplifica la línea que se ha venido siguiendo desde páginas anteriores: la incorporación de lo raigal del arte de biografíar clásico se integra en Martí como manera de

¹³ Hernán Díaz Arrieta: «Selección y estudio preliminar», en *Arte de la biografía*, p. xi, V. M. Jackson Editores, Buenos Aires, 1948.

¹⁴ *Ibidem*, p. xvi.

¹⁵ 5: 252.

¹⁶ J. M. González: «El Maestro», en *Hombres*, p. 30.

hacer pero también lo rebasa. Ciertamente, el autor de *Abdala* se acerca al héroe a partir de su funcionalidad, del vínculo con su tiempo, del servicio que le haya prestado, porque en Martí el arte, la creación y la condición de comunicador, exigen el vínculo con la libertad que lo convierten en un haz de pensamiento y conceptualización en el que se integran lo político con lo ético y lo estético. Por ello coincido con José Rojas Bez cuando sostiene que en Martí la búsqueda del bien, de la verdad y de la belleza, más que hermanadas están interpretadas,¹⁷ aunque como se verá es el bien el que rige y se trasmuta en arte, en trabajo y en lucha liberadora.

Por esa razón suscribo igualmente, el criterio de Medardo Vitier cuando sostiene que Martí fijó para la cultura pública la importancia del pasado. En esa preparación a los emigrados se observa que junto con la información cultural hay un develado interés político-social de ponderar a los grandes hombres, supremos en tanto sirvieron a sus patrias. Admira Martí, igualmente, por asumir como fuente nutricia no sólo el pasado más remoto o lejano temporal y espacialmente, sino el inmediato, esto ofrece una nueva dimensión del Apóstol por cuanto es ciertamente difícil distinguir los árboles cuando se está dentro de un bosque o mucho más dentro de una selva, cuando se está inmerso en las acciones, aunando voluntades, sobreponiéndose a desavenencias y trazando planes.

Me inclino a pensar que el propio ejercicio martiano de hablar sobre estos hombres era también un acto de complacencia y fortalecimiento espiritual, recuérdese que dijo que: «dan deseos de ser como aquellos hombres», sólo que ahora ha acercado a los héroes a sus alumnos, les habla de los que ponderó Plutarco pero les enseña los más cercanos y hasta se empeña en reconocer a los que están en su propio público, sosteniendo sobre sus brazos de obreros emigrados, el país por liberar y la república por fundar, lo que hace que se priorice su visión ético-cognoscitiva y su función humanista y liberadora.

Obligado es hacer alusión a que Martí nace en una realidad cultural romántica, lo que contribuye a que él lo sea, aunque no se le pueda ubicar absolutamente en este movimiento, pero sin duda lo marca, y lo hace por su aliento de renovación, por la

¹⁷ José Rojas Bez: ob. cit., p. 98.

búsqueda de una libertad individual, por la presencia del yo por encima de la tradición; sólo que en él se manifiesta de forma diferente; la búsqueda de la libertad se socializa, y la tradición no se desecha.

Recuérdese que el pensamiento romántico tiene una vertiente historiográfico-económica en que el aporte de sus historiadores es considerable en tanto asumen los textos a partir de contar, no ya la historia de las acciones, sino resaltar el papel creador, vital, arrogante y magnífico de los actores, por ello se eleva a planos de predominio la figura del héroe.

Claro está, en todo el decursar de la humanidad y según recoge Hernán Díaz Arrieta en su estudio preliminar al *Arte de la biografía*¹⁸ transita por varias etapas, entre las que se destacan, por ejemplo en la Edad Media Jacobo de Varagine, «que podría considerarse un Plutarco hecho de material celeste»¹⁹ puesto que sus «héroes» son los santos, obviamente signo de una época, siglos después hay que hacer un alto obligado y referir a Samuel Johnson que tenía una marcada eticidad que lo distinguió en su época moderna pues: «Como Plutarco fue un moralista que escribió también biografías y debió a éstas en celebridad. *Las vidas de los más célebres poetas* ingleses a que el doctor Johnson debe su fama, ocupan no poco espacio dentro del resto de sus obras.»²⁰ Unido a él resalta la figura de Boswell, su admirador y amigo, su biógrafo, ellos aportan «un calorcillo de intimidad afectuosa, una especie de acostumbramiento que no se produce con el griego clásico [...] Sin deponer un momento su actitud respetuosa, y aunque se atreve apenas a levantar la vista, Boswell, pese a todo, se nota y anota minuciosamente los desentonos del personaje, las injusticias que comete [...]».²¹

Tanto S. Johnson como Boswell son mencionados por Martí, resulta interesante que nuevamente sean los *Cuadernos de apuntes* donde aparezcan mayoritariamente estas alusiones, y que también sea en *La Edad de Oro* donde esté una de las menciones de Johnson, conviene ya que esto se haga notar, también sucederá con Tomás Carlyle, pues indica no sólo un conocimiento externo de las figuras sino mucho más, alerta a un público di-

¹⁸ Cfr. Hernán Díaz Arrieta: ob. cit., pp. ix-xxxvi.

¹⁹ *Ibidem*, p. xvii.

²⁰ *Ibidem*, p. xxii.

²¹ *Ibidem*, p. xxv.

ferente (infanto-juvenil) sobre la importancia de conocer, estudiar y comentar la vida de los grandes hombres, y tras esta indicación está de igual o mayor manera el mandato a padres, maestros y familiares para que se preparen con el fin de llevar a término eficaz lo que allí se expone; coincido con Emilia Gallego cuando advierte: «Sin embargo, es difícil imaginar en las postrimerías del siglo XIX cubano, al receptor ideal de La Edad de Oro, al niño latinoamericano de siete, nueve, once o hasta trece años de edad y más, preferiblemente de posición acomodada por supuesto, comprando por propia iniciativa un ejemplar de la revista martiana, de cualquier otra y aún de un libro. Parece más factible que esta adquisición la realiza el padre, licenciado en Derecho, el tío, dueño de almacenes, el abuelo terrateniente, y que este tamiz adulto no manifiesta solamente su efectividad en la suscripción de la revista».²²

A todas luces resulta difícil entender la conformación de los retratos martianos, sin atender a Plutarco con su «retórica acompasada y sesuda, y la sencillez amena que alterna en la prosa [...] y poco a poco logra dibujar un tipo y darle movimiento».²³ Ese poseer un estilo que nos hace vivir la existencia de los hombres que retrata, también encontrará su expresión plena y más alta en los escritores románticos, con Tomás Carlyle quien llegó a convertirse en uno de los primeros modelos del escritor moderno. Su obra más difundida es el *Tratado de los héroes*, considerada una obra maestra; en ella a partir de la biografía de personajes célebres, formula su concepto de la historia; en todos estos retratos se trasluce la pasión del autor, que en ocasiones se muestra como una fuerza arrebatadora. El afán individualizador del inglés y su forma de concebir al hombre en su tiempo se dibujan con total nitidez en estas palabras: «Porque, a mi entender, la Historia Universal, la historia de lo que los hombres han realizado en este mundo es, en lo esencial, la Historia de los Grandes Hombres que han actuado en él. Estos grandes son los conductores de hombres, los modeladores, los ejemplares y, en lato sentido, los creadores de todo cuanto el común de las gentes se han propuesto hacer o lograr».²⁴

²² Emilia Gallego: «¿Para quién se escribe *La Edad de Oro*», en *No hay patria sin virtud*, p. 65, Ed. Unión, Ciudad de La Habana, 1977.

²³ Hernán Díaz Arrieta: ob. cit., p. xxii.

²⁴ Tomás Carlyle: *Tratado de los héroes*, p. 33, Joaquín G. M. Editores. S. A., Barcelona.

Resulta interesante apreciar que Carlyle establece un conjunto de héroes que deben, según su consideración, agrupar, comprender, englobar las distintas actitudes humanas, así aparecen, entonces, el héroe divinidad representado por Odín, el héroe profeta, simbolizado por Mahoma, el héroe poeta, en que el Dante y Shakespeare se alzan como paradigmas, el héroe sacerdote, donde alternan Lutero y Knox; el héroe literato representado por Johnson, Rousseau y Buns; hasta concluir esta galería de hombres magnos con el héroe rey, en que corresponde a Cromwell y Napoleón ser los exponentes analizados por Carlyle.

Entre las cualidades que el autor inglés le atribuye al héroe se destaca la sinceridad que se trasmuta en bien, así sentencia: «Pero no es menester que un hombre sea grande para ser sincero; esto no constituye una necesidad de la Naturaleza y para toda época, sino únicamente para ciertas épocas desgraciadas y corrompidas. Un hombre puede creer y hacer lo suyo del modo auténtico, en lo que ha recibido de otro: — ¡y con Infinita Gratitud hacia ese otro! El mérito de la originalidad no consiste en la novedad, sino en la sinceridad. El hombre que cree es original, crea en lo que crea, lo cree por sí mismo, no por otro».²⁵

Señala, además, la relación y los simulacros con los que los hombres (no heroicos) la burlan, los llama a la preparación para una nueva época que no será para nada la abolición del culto a los héroes sino todo un mundo de héroes, aparece una pregunta que todavía busca respuesta: «Si héroe significa hombre sincero, ¿por qué cada uno de nosotros no podría llegar a ser un héroe? [...] Tal debería ser el verdadero carácter de los Adoradores de Héroes: jamás podría ser tan reverenciado el verdadero Bien como cuando todos fuesen Verdaderos y Buenos».²⁶

Obsérvese cuánto de común existe entre estas consideraciones y la aspiración martiana del mejoramiento humano, la utilidad de la virtud y su articulación con los ejes del bien, la belleza y la verdad, tan acendradas en la concepción ético-estética de Martí.

Que leyó a Carlyle es un hecho cierto, ahí están para afirmarlo las veintiuna alusiones expresas en las *Obras completas, y está History of the French Revolution* by Thomas Carlyle, Volumen II,

²⁵ *Ibíd.*, p. 170.

²⁶ *Ibíd.*, p. 171.

New York, John B. G. Alden Publisher, 1825, que hoy se expone como uno de los libros de su pertenencia en el Memorial que lleva su nombre en la Plaza de la Revolución en Ciudad de La Habana. Entre otras menciones martianas al escritor inglés es sugerente la que se le compara con el eminente Cecilio Acosta, el venezolano tan admirado por Martí. «Se tiene por más interés en ver al que se oculta, que al que a todo paso nos sale a los ojos. En lo oscuro, revuelto, genuino, intrépido y generoso se asemeja a Carlyle».²⁷

La enumeración anterior se explica por sí sola, ahí está la admiración martiana, está la valoración y la toma de partido, conviene que se observe, como es común en Martí, la gradación de los objetivos que va aumentando la intención significativa para rematar con uno que es concluyente, pues en esa designación de «generoso» están incluidos los precedentes, esa generosidad no solo es benevolencia, sino también y sobre todo autenticidad.

Curioso es un comentario publicado en *La América*, en 1884 bajo el título «Carlyle, romanos y ovejas», en el que hace notar que «Sartor resartus, de Carlyle, que escribió a la luz de los ojos de una quimera, y anduvo entre los hombres como montado sobre ella, y echándoles a pesar de él, puñados de luz, Sartor resartus cuenta en una de sus páginas más apacibles y pintorescas, cómo se suelen ver en los campos de Holanda, donde pintó animales Potter, vacas muy bien vestidas pastando mansamente, guardadas del tiempo húmedo por jacquies y sayuelas».²⁸ Muestra que no solo ha leído sobre los héroes o sobre la Vida de Shiller como se aprecia en otro apunte, o sea, ha recorrido lo más significativo de la producción de Carlyle.

Sería ingenuo admitir que Martí leyó a Carlyle y no considerar la influencia posible del gran autor inglés sobre el cubano. Estimo que ello es innegable, tanto que en la propia indicación legataria a Gonzalo de Quesada para que agrupase en sus obras, bajo el título de «Hombres», las semblanzas que realizó, está en mi criterio la intención de diferenciar esos escritos de otros, de darles la connotación de héroes y en el caso específico de los cubanos en que no se «hallará palabra sin idea pura y la misma ansiedad y deseo de bien»²⁹, se matiza la utilidad que tiene este

²⁷ 21: 238.

²⁸ 15: 381.

²⁹ 1: 27.

tipo de creación. Obviamente ha tenido maestros, Plutarco con sus grandes hombres y Carlyle con sus héroes, solo que a ambos los aprehende y los rebasa.

No me es posible, lamentablemente, detenerme en las consideraciones de Carlyle sobre Johnson, pero resultan muy singulares porque articulan con su condición de escritor y con esa labor creadora de Martí de la que nunca pudo despojarse. Así dice: «Si héroe ha de significar auténtico, diré que el Héroe Literato ha de ser considerado como un héroe que desempeña para nosotros una función que es siempre honrosa, siempre la más alta, y que como la más alta fue considerada en otros tiempos. Su misión consiste en hacer pública, del modo como le es dado hacerlo, la inspiración de su alma [...] lo que llamamos “originalidad”, “sinceridad”, “genio”, esa cualidad heroica para la cual no hallamos nombre apropiado. El Héroe es el que vive en la esfera íntima de las cosas, en la Verdad».³⁰

No es posible avanzar unas líneas sin llamar la atención a la cercanía conceptual que tienen las palabras anteriores con las expresadas por el Apóstol tanto en su discurso como en el retrato sobre José Ma. Heredia; allí están de cuerpo entero en un solo ser estas cualidades que Carlyle le atribuye al héroe, a saber: la autenticidad, la originalidad, la sinceridad y el genio, pero para agrado nuestro y para completarla está la valoración histórica realizada por Martí: «Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad y le educa el gusto que el que exagera el mérito de sus hombres famosos. Ni se ha de adorar ídolos, ni de descabezar estatuas. Pero nuestro Heredia no tiene que temer del tiempo; su poesía perdura, grandiosa, eminente, entre los defectos que le puso su época y las limitaciones con que se adiestraba la mano, como irguiendo sobre el polvo del amasijo desmoronado sus piedras colosales [...]

»No le pareció al leer a Plutarco en latín, que cuando había en una tierra hecha para la felicidad, esclavos azotados y amos impíos, estuviese completo el libro de las *Vidas*, ni cumplido el plan del mundo, que comprende la belleza moral en la física, y no ve en esta sino el imperativo de aquella».³¹

Están expresadas no solo las características carlylianas del héroe sino que se integran, además, otras ideas que merecen

³⁰ Tomás Carlyle: ob. cit., p. 200.

³¹ 5: 133-134.

que se hagan notar. Más allá de la función de servicio del escritor se descubre su valor ético, su fuerza de virtud, su vínculo con la libertad, no solo como creación en sí misma. Conmueve por lo que sugiere la alusión a Plutarco, porque esa respuesta de Heredia sabe mucho a Martí, ese no completamiento del libro de las *Vidas*, es precisamente el ordenamiento interno, como mandato que se hizo el Maestro y que lo acompañará desde su juventud en la disyuntiva heroica de: «O Yara o Madrid», que ampliará su dimensión en la medida en que se consolida su accionar político.

La idea del héroe-rey se vincula con la búsqueda de un hombre capaz, portador no solo de los atributos anteriores sino también revestido de los símbolos de dignidad, de realeza, de manera que a partir de su talento sea capaz de guiar a su pueblo. Aquí la figura de rey puede trasmutarse en la de gobernante o cabeza de una sociedad, donde tendrá la búsqueda y mantenimiento del orden como fin, forma de convertir lo caotizado en ordenado, en gobernable.³²

Es posible establecer el nexo entre estas consideraciones del héroe en múltiples retratos realizados por el Apóstol, sobre todo en los que se refieren a los padres fundadores de la nación, o más allá a esa legión de héroes latinoamericanos que adquirieron la majestad por su actuación, comúnmente hermoseedada por Martí.

Entre las alusiones de cubanos que perfectamente articulan con este tipo heroico se encuentra el simpar paralelo entre Céspedes y Agramonte, en que se establece la alternancia de características aplicables a otros tipos de héroes pero que por la esencia de ser conductores de pueblos se insertan aquí a plenitud; nótese que de Céspedes ha dicho: «Cree que su pueblo va en él, y como ha sido el primero en obrar, se ve como con derechos propios y personales, como con derecho de padre sobre su obra. Asistió en lo interior de su mente al misterio divino del nacimiento de un pueblo en la voluntad de un hombre, y no se ve como mortal, capaz de yerros y de obediencia, sino como monarca de la libertad, que ha entrado vivo al cielo de los redentores. No le parece que tengan derecho para aconsejarle los que no tuvieron decisión para precederle. Se mira como sagrado, y no duda de que debe imperar su juicio».³³

³² Cfr. Tomás Carlyle: ob. cit., p. 251.

³³ 4: 360.

Otros ejemplos pudieran señalarse pero prefiero asumir la idea de que será el propio José Martí, ese clásico distinto, quien encarnará en sí mismo los atributos del héroe, salvo el marcado carácter de predestinación que le atribuye Carlyle a los suyos, pero en Martí armoniza la visión de Ezequiel Martínez Estrada cuando sostiene que en él se manifiesta la parábola del héroe clásico.³⁴ Y con cercanía mayor a los tiempos que corren asumo con igual gusto la consideración de Rolando González Patricio cuando llama la atención al hombre total que hay en el autor de *Ismaelillo*: «Tal si algún aporte le debemos hacer a nuestro proyecto y a la preservación del amor al Maestro, sea aproximarnos a un Martí total, no sectario, no fragmentado, no extrahumano. Y una aproximación de esa naturaleza, que al mismo tiempo sea atractiva y útil, necesita de un asomo mayor al Martí beligerante, beligerante contra todos los problemas que afectan al hombre de hoy, a su sociedad, beligerante contra lo viejo no útil que lastra y se resiste al futuro intentando el tiempo nuevo».³⁵

Solamente si se incorpora la totalidad martiana se habrá comprendido la esencia del hombre al que me acerco, se entenderá mejor ese espectáculo del que habló Varona, y debe hacerse para poder asumir también a Martí dentro de su modernidad, pero nuevamente por ser él, de un modo diferenciador, para quien la plomada de la responsabilidad y del deber siempre estuvo alineada verticalmente y lo hizo tener conciencia de la magnitud de sus actos como se evidencia en el propio retrato de Céspedes en que expresamente autorreconoce la grandeza de la tarea en que se encuentra la tarea esencialmente heroica por lo que demanda: «Es preciso haberse echado alguna vez un pueblo a los hombros, para saber cuál fue la fortaleza del que, sin más armas que un bastón de carey con puños de oro, decidió cara a cara de una nación implacable, quitarle para la libertad su posesión más infeliz»³⁶ Todo lo que se inserta en la idea de Carlyle sobre la dignidad del héroe-rey, como héroe viviente y victorioso aunque a la postre no venza en la batalla, pero que como ha obrado de la mano de la sinceridad, en lucha solo muchas veces con la verdad, se hace trascendente.

³⁴ Cfr. Ezequiel Martínez Estrada: *Martí revolucionario*, p. 35, Casa de Las Américas, La Habana, 1974.

³⁵ Rolando González Patricio: «Tientos y divergencias», *La Gaceta*, (2): 17, 1995.

³⁶ 4: 358.

He venido señalando que Martí toma de la forma clásica de biografiar, pero la rebasa; en él se comparte la estructura de creación de Plutarco en tanto se aparta, ni se va a gran distancia, ni se coloca al frente de sus hombres, sino al lado.³⁷ Pero ese modo de no explicar ni interpretar sino de relatar ya es distinto en el Maestro, pues en él sí hay interpretación, sugerencia, alusión, lo que hace que mediante sus héroes se realicen múltiples inferencias acerca de la utilidad de estos hombres, sobre la función de servicio de ellos como modelos a seguir, por lo que llegan a convertirse en recursos semióticos altamente provechosos para la tarea fundacional en que Martí se encuentra.

Si bien Cintio Vitier señala que será en la década del ochenta donde aparecerán con mayor asiduidad las semblanzas de los grandes hombres, anoto ahora, que es en verdad, en los inicios de la del noventa en que se presentan las no menos hermosas y heroicas de los emigrados cubanos o de los hombres que hicieron la Guerra de los Diez Años, sin duda también grandes hombres, todas con la precedencia de las semblanzas martianas a las desgarradoras figuras del presidio, ello hace que se fundan en la totalidad que es el hombre Martí, que se compacten la autoctonía y el sacrificio, pilares que sustentan su poética y su política como conjunción de un ser-todo. Véase que corresponde a su período de mayor fecundidad artístico-creadora.³⁸

Cintio Vitier, con la autoridad que le da el conocimiento de la obra martiana sostiene que: «[...] en ese período que va del año 81 al 89, asistimos a lo que pudiéramos llamar la era de los arquetipos en la historia de las concepciones martianas. Estos hombres que ahora asume como ciudades, selvas, países humanos —Emerson, Whitman, Páez, San Martín, Bolívar—, son a la vez hombres legendarios y precursores, antiquísimos y futuros, mitológicos y proféticos. Lo que ellos profetizan, a los ojos de Martí, es la restauración de la integridad original, la completez ontológica del hombre».³⁹

En efecto, así será en cuanto a la conformación de las semblanzas martianas en una época de fertilidad creativa a la que

³⁷ Cfr. Hernán Díaz Arrieta: ob. cit, p. xiii.

³⁸ Cfr. Elena Jorge: *José Martí, el método de su crítica literaria*, Ed. Letras Cubanas, Ciudad de La Habana, 1984.

³⁹ Cintio Vitier: «Los hombres en Martí», *Temas Martianos*, serie 1, p. 219, La Habana, Biblioteca Nacional, 1969.

se le suma la sección política permeada de madurez y del humanismo que le distingue, hasta pasar de lo tradicionalmente magno, para asumir, como en su vida, de una diferente manera la grandeza y la heroicidad para detenerse en el hombre como ser en que lo cotidiano-útil cobra nuevos tintes. Por ello advierto en sus semblanzas tres momentos: el primero es el despertar de la observación del actuar humano representado por las figuras del presidio, y por sus acercamientos iniciales a personalidades sobre todo del mundo cultural durante su estancia en México; el segundo, arremetedor, magno, en que trasluce la heroicidad clásica en mayor grado, comienza con el célebre retrato de Cecilio Acosta en 1881, es la época de los «grandes elogios y retratos monumentales», para culminar como un abanico de semblanzas en que lo épico se trasmuta en tonos más suaves pero no por ello menos dignos, menos elevados, menos heroicos, en que la cercanía y el olor a patria hacen que se sienta y se asuma a estos hombres con la sinceridad, la autenticidad, la originalidad y el decoro como atributos de un nuevo tipo de héroe advertido en el hombre cotidiano.

En ese decursar de la historia por el arte de referir la vida de hombres notables, es interesante que se exprese que la actitud del biógrafo moderno se sustenta en la búsqueda de la verdad, que se asume como el rasgo de la biografía moderna⁴⁰ sólo que ahora debe entenderse no únicamente la búsqueda de la verdad en los hechos, sino también y de manera complementaria en la complejidad y la movilidad de los seres humanos, o sea, esa noción de totalidad a la que en párrafos anteriores había aludido. Es la verdad de los hechos, la verdad del hombre, la de la época y las distintas etapas o actitudes de un mismo hombre. Es, en esencia, la trasmutación a la ciencia psicológica de la interpretación de la física, es ese llegar a comprender a los átomos como sistemas de electrones relacionados con un núcleo central, por tanto, al decir de A. Maurois, de llegar a entender al hombre en compleja amalgama de relaciones, que se explica con la eficacia del genio en estas palabras del poeta norteamericano Walt Whitman, tan admirado por Martí: «¿Acaso me contradigo? Pues, muy bien, me contradigo; contengo multitudes»⁴¹

⁴⁰ André Maurois: ob. cit., p. 1998.

⁴¹ Apud. André Maurois: ob. cit., p. 1200.

Esa característica general del escritor moderno que pretende hacer biografías, o referir, al menos, semblanzas de otros hombres, se advierte en José Martí con un vínculo directo hacia la sinceridad postulada por Carlyle y hacia la búsqueda de una verdad que transmita la complejidad del hombre del que se está hablando, y para demostrarlo, valga traer aquí, escuetamente, algunas de las anotaciones de Martí en el retrato de Nicolás Azcárate, en que están la agudeza del pensamiento martiano, la fidelidad a sus principios y el reconocimiento del hombre como una totalidad que en ocasiones se contradice, segundo rasgo moderno en que se impone la inquietud por la complejidad de la persona. Así dice: «Ni de vanidad ni de egoísmo fue culpable Azcárate, sino de aquella ceguera que suele ir con la mucha individualidad, por donde el hombre, de puro mirar en sí, y sentirse hervir la sangre, no ve afuera cuanto puede, ni entiende que sea su tiempo diverso de cómo él se ve, que es para sí la realidad suprema. Aquel estudiante humilde, que por su mérito y bravura entraba de señor en lo más altanero de la sociedad vencida, aquel abogado hercúleo, que de una tronada de la voz ponía a firmarle la sentencia justa a los jueces simoníacos, o echaba a la madre negra en brazos del hijo a quien le querían arrebatarse, aquel habanero satisfecho, que del tocador de la esposa acaudalada salía a dar libertad, en su bufete de losas de mármol, a cientos de esclavos [...] aquel ingenuo triunfador a quien una burla ruda había de castigarle en su primera tentativa pública, la fe ciega en su persona, no vio como natural en su pueblo, a la hora de la rebelión, lo que para él no lo era; ni supo salirse de sí, y poner en los demás que es el don esencial, y el deber continuo de los hombres patrios».⁴²

Huelga el comentario, porque la cita toda es la muestra de la amalgama humana, allí está el Martí moderno, ofreciendo a un hombre en sus contradicciones, de ninguna manera de una sola pieza, sino en la vastedad de su personalidad. Véase, además, cómo se integran las facetas múltiples, la búsqueda de la verdad, la valoración de quien hace la semblanza y el conocimiento del mundo interior del hombre biografiado, aunque se deja entrever, no se encuentra aquí un sermón moralista a lo Plutarco, sino un acercamiento al hombre, a la verdad y a la belleza que es su propia realidad.

⁴² 4: 474.

Esta noción de la complejidad humana, se integra como el rasgo del biógrafo moderno, en tanto este pretende encontrar y de hecho busca un hermano de inquietudes, o sea, un ser tan múltiple y complejo, dudoso e inquieto como él mismo, un hombre-otro que a su vez también un hombre-todos, por lo que la certidumbre de las grandezas, agonías y pasiones, que se le cuentan, serán mayores.

Ciertamente no fue el fin de las semblanzas martianas penetrar en la personalidad de otros hombres con la intención de estudiarlos, esa es una matización complementaria en él, para quien el propósito fundamental será ponderar el mérito de modo que sirva de modelo de actuación a otros hombres y promueva la elevación de la virtud en sus mensajes. No obstante, resulta prudente aludir someramente a la genialidad del Apóstol para sin ser un profesional de los aspectos de la espiritualidad humana, del mundo subjetivo del hombre, penetrar en él de manera renovadoramente adelantada para su tiempo, en momentos en que la ciencia psicológica era aún naciente, por lo que es posible descubrir, a través de sus semblanzas, cuánta observación acumulada hubo en él, cuánto conocerse a sí mismo y a los demás, de manera que la noción de personalidad con que hoy opera la psicología contemporánea puede inferirse de sus retratos, por ello son textos creíbles y no sólo porque sean caracterizaciones de seres reales, sino porque son en esencia expresión de una «organización sistémica, viva, y relativamente estable de las distintas formaciones psicológicas»,⁴³ o sea, una personalidad, a lo que hay que añadir que cuando se realiza un análisis integral de esos retratos, es posible también notar cómo las características que confirman la personalidad, según la teoría actual, fueron advertidas por José Martí, a saber: la individualidad, que hace irrepetible a cada ser humano; la integridad, que establece la armonía dentro de un mismo hombre; la estabilidad que permite que permanezca la configuración, a pesar de los cambios internos y externos que afronta el sujeto que posibilita que el hombre despliegue su actividad transformadora de la realidad mediante la función reguladora.

Todo lo anterior es perfectamente observable en la galería de las semblanzas de cubanos que hizo Martí, y que se han venido

⁴³ Apud. Fernando González Rey: «Comunicación, personalidad y desarrollo», p. 59, Ed. Pueblo y Educación, La Habana.

comentando hasta ahora, pero va más allá y cuando se hace una valoración integral de esos retratos, se aprecia un increíble análisis psicológico del hombre que no queda en la generalización de la personalidad sino que penetra y llega al carácter, una de sus propiedades estructurales más importantes, puesto que «está constituido por el sistema de formaciones motivacionales que definen la orientación estable y peculiar del sujeto hacia las diferentes esferas de la actividad»,⁴⁴ lo que maneja a plenitud Martí para mover a sus «héroes», para presentarlos individualmente dentro de la generalidad y para hacer ver cuán complejo es el espíritu humano. Ahora bien, el vínculo entre la formación del carácter y la actividad, piedra angular de la moderna ciencia psicológica, aflora una y otra vez en las semblanzas martianas y en consecuencia permite enmarcar no solo individualmente, sino también de manera grupal a los cubanos caracterizados por José Martí.

El propio Maestro reconoce la validez de descubrir al hombre que se caracteriza, así expresa en estas palabras en su carta testamento a Gonzalo de Quesada: «Dice Garfield describí la emoción del entierro, pero el hombre no se ve, ni lo conocía yo, así que la celebrada descripción no es más que un párrafo de gacetilla.»⁴⁵ Ahí está descubierta una verdad, Martí supo delimitar entre lo imperecedero y lo fugaz, y supo también que la pasión es una carta de triunfo en la comunicación interpersonal, mucho más cuando se refiere a un acto necrológico en que lo emotivo predomina sobre lo racional.

Los tres rasgos esenciales del biógrafo moderno se encuentran en la concepción martiana de las semblanzas, sobre todo

⁴⁴ Cfr. Dra. Viviana González Maura *et al.*: «El carácter como forma de regulación predominantemente inductora de la personalidad», en *Psicología para educadores*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1995. Nótese cómo son atendibles no solamente las características de la personalidad ya apuntadas en el capítulo, sino que es también posible distinguir la visión profética de José Martí en cuanto a la penetración caracterológica de los individuos a partir de las cualidades esenciales que en este libro se plantea tiene el carácter, todo lo que permite comprender la integralidad armónica y renovadora del Apóstol en diferentes órdenes. De igual modo deben atenderse los contenidos del capítulo 1, del texto referido para notar el surgimiento de la psicología como ciencia en momentos en que ya José Martí había escrito sus primeras semblanzas.

⁴⁵ 1: 27.

en los grandes retratos y también es posible encontrarlos en el aliento de la cercanía de los héroes cotidianos que se insertan con preferencia en *Patria* y que corresponden a los emigrados cubanos.

El afán de la búsqueda de la verdad, con predominio de la sinceridad en quien lo escribe ha sido discutido y aunque la mayoría de las fuentes consultadas lo sostiene como un imperativo, existe otra tendencia que no le confiere rango de privilegio, es el caso de Marcel Schwob que en el prefacio a sus *Vidas imaginarias* mantiene el criterio siguiente: «Las ideas de los grandes hombres son el patrimonio común de la humanidad, lo único que en calidad cada cual posee son sus extravagancias»,⁴⁶ aludiendo así a la imposibilidad de apresar la complejidad del hombre, para añadir que: «El arte del biógrafo consiste, justamente, en la selección. No debe preocuparse por ser verdadero, debe crear dentro de un caos, rasgos humanos.»⁴⁷ Obviamente este es un autor diferente, él inventa la biografía de sus hombres, les fabrica una historia, eleva a ficción absoluta la vida de un ser, sólo que lo hace con tal eficacia que lo convierte en creíble, pero considero que esto dista del auténtico arte de biografíar, en tanto se ha falseado la historia y fracturado la verdad.

Múltiples han sido las maneras que se han empleado para caracterizar a los hombres, muchas de esas semblanzas o biografías llegan a partir de libros especialmente dedicados a ello, con Martí no sucede así, será otra vez el periodismo su fuente de expresión, este es un dato a tener en cuenta pues a las características que tiene el escritor moderno se le suman las propias de esta labor, que en mi criterio favorecen el desarrollo de aquellas a tal punto que se anuncie también su carácter de precursor en dichas semblanzas, por lo que la búsqueda de la verdad, la sinceridad y la inquietud de las que se ha hablado antes, se complementan con la ética del periodista, para el que esas tres características son distintivas.

En efecto, para comprender la totalidad de José Martí es necesario integrar la tradición que respetó, la época en que vivió, los hombres con los que compartió, sus viajes y los libros que leyó, pero también y sobre todo la ocupación desempeñada en

⁴⁶ Marcel Schwob: «Prefacio» a *Vidas imaginarias*, p. 8, Colección Cocuyo, La Habana, 1970.

⁴⁷ *Ibíd.*, p. 15.

mayor grado, de la que ya quedó dicho que fue esencialmente la de periodista.

De la labor de Martí periodista, se ha dicho y queda aún mucho por decir, basta ahora sólo expresar con sus propias palabras su concepción de la prensa como instrumento formador y no sólo informador, de manera que lo ideológico prevalezca, esa idea que le será compañera desde *El Diablo Cojuelo*, alcanzará su punto más elevado en los momentos en que el creador-periodista también lo alcanza, será la más alta expresión de su condición de formador con la creación del periódico *Patria*. Aquí están sus palabras: «Tiene la prensa periódica altísimas misiones: es la una explicar en la paz, y en la lucha fortalecer y aconsejar [...] La prensa no es aprobación bondadosa o ira insultante; es proposición, estudio, examen y consejo».⁴⁸

En el siglo XIX cubano la prensa fue pródiga en publicaciones diversas en extensión, asuntos y duración. Desde que el 18 de octubre de 1868 comenzó a circular el primer periódico de las fuerzas insurrectas, *El Cubano Libre*, sucederá una larga, sistemática por momentos, inestable historia de la prensa mambisa en alternancia con la prensa oficial, se advertirá desde entonces la misión histórica que le atribuye Nydia Sarabia al periodismo por ser expresión y deuda de cada época.⁴⁹

No desaprovechará el Apóstol momento para hacer notar a través de la prensa las figuras que en lo interno de la nación posibilitaron comprender la grandeza del cubano, su capacidad de creación, sus virtudes al suelo patrio.

El periodismo cubano decimonónico se distingue no sólo por contar los hechos sino también por hacer la descripción de sus hombres, cual presentación de ese otro que ha ido surgiendo. Unas veces conscientemente, otras no tanto, tras las crónicas de la época se aprecia toda una galería de personajes y personalidades que conforman el entorno en fundación. Gracias precisamente en mayoría a la prensa, se puede reconstruir la atmósfera epocal que permitirá tener mayor nitidez sobre los hombres, las costumbres y la fuerza vital que la alentó y la sostuvo.

⁴⁸ Apud. José Antonio Portuondo: «El compañero José Martí», en *El periodismo en José Martí*, p. 45, Edición Orbe, La Habana, 1977.

⁴⁹ Cfr. Nydia Sarabia: *El periodismo, una misión histórica*, Ed. Pablo de la Torriente Brau, La Habana, 1987.

José Martí, en su periodismo, tuvo la propensión, dada su afición pedagógica, al decir de María Poumier,⁵⁰ a la selección de enfoques y perspectivas para transmitir sus valoraciones literarias, dado que le era más útil ofrecer juicios que pudieran emplearse como instrumentos de significación literaria, política o ética, necesarias para la conformación del criterio valorativo contemporáneo de sí mismo. La propia autora cree ver en la orientación hacia esa pedagogía, en su acendrada condición de maestro, la causa de la benignidad ante la crítica, sobre todo de autores o pintores que salen favorecidos por la pluma martiana, pero ha sido el propio autor de *Ismaelillo* quien para no ofrecer duda, en su carta a Manuel Mercado fechada el 14 de septiembre de 1888, definitivamente expresa: «A mí por supuesto, me gusta más alabar que censurar, no porque no censure también yo, [...] sino porque creo que la censura más eficaz es la general, donde se censura al defecto en sí y no en la persona que lo comete.»⁵¹

Este es un dato revelador si se atiende a lo que el propio Martí ha expresado, se entiende que él comprendió la complejidad del hombre como totalidad, como conjunto, pero también se llega a vislumbrar su precocidad analítica cuando hace evidente su gusto por juzgar los hechos y censurar el error, no el hombre en sí, lo que lo acerca a los postulados más actuales sobre la comunicación asertiva que tiende al establecimiento eficaz de empatía entre los hombres. Nuevamente y en otra faceta se matiza lo que en el orden de biografía o de acercarse al hombre he venido manifestando como un rasgo recurrente: tradición y renovación, continuidad y ruptura, que en Martí lo enmarca en la modernidad.

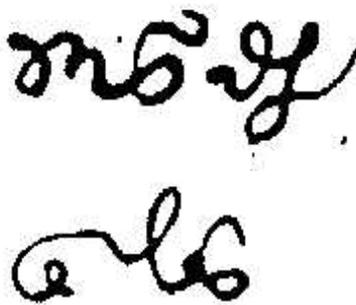
Estas consideraciones se corresponden con la función del periodista que pretende descubrir al hombre como «noticia» a comunicar, como su mayor crónica, nuevamente aflora la fuerza de la razón que desde hacía más de un siglo se había «instalado» en la mente de los hombres, propia de la nueva época, se funde con lo más autóctono del decoro que como adorno espiritual ha acompañado a los hombres que han merecido quedar recogidos en la historia, bien sea por la grandeza de su genio,

⁵⁰ Cfr. María Poumier: «Aspectos del realismo martiano», *Anuario del CEM*, (1), 1978.

⁵¹ 120: 134.

por la utilidad de su virtud o por la función de servicio que hayan desempeñado y hacen a los ojos del hombre moderno, en el que incluyo a Martí, asumirlos como héroes. Por estas razones será imprescindible el detenimiento en las semblanzas de esa pujante fuente que fue la emigración cubana, por eso se siente devoción junto con el apóstol por esos héroes cotidianos, tanta o más que la reverencia a que invita la majestad de los grandes hombres. Sirvan de sostén, entonces, estas palabras de Martí: «*Patria* se ve en muchas penas le sobra alma y le falta espacio [...] Tiene que enseñar por Cuba el alma con que vivimos, y mostrarle cuanto en prudencia sea mostrable de lo que hacemos[...] Tiene que poner en formas miles el alma sensata y generosa con que preparamos la nueva época de la revolución. Y quiere honrar a los buenos, contar sus vidas, propagar el modo de pelear con éxito la libertad [...] levantar un pueblo. *Patria* prepara empresas mayores, porque para todo basta el patriotismo que la anima [...] mientras tanto, anuncia aquí que—sean cualesquiera los trabajos que en ella se acumulen—, cada número llevará, como una serie gloriosa, el estudio de uno de nuestros grandes caracteres [...] El rico que cumplió con su deber [...] y el pobre que cumplió con su deber [...] Hermanar es nuestro oficio».⁵²

En efecto, de la mano de la tradición, con la cercanía de la modernidad, con la fuerza de la virtud, por la vía del periodismo es posible adentrarse en ese mundo casi desconocido de los héroes conocidos por José Martí ●

A vertical line is drawn to the left of the signature. The signature itself is written in a cursive, handwritten style, appearing to read 'José Martí'.

⁵² 5: 52-53.